

tienen, desde luego, un acento romántico, escenográfico tal vez, pero decorativo y monumental.

El error está, a mi entender, en la repetición obstinada del mismo tema, del mismo movimiento del agua, del mismo color azul profundo. Previst cae así en un arte de receta, extremadamente analítico.

El arte es síntesis y emoción. Cuando el pintor se preocupa de reflejar esto en sus telas realizará una obra valiosa.

<https://doi.org/10.29393/At257-258-307ADAR10307>

El arte dramático de Francisco Otta

El color y el cielo de Chile no han quitado al arte de Otta las esencias dramáticas que trajo de su tierra centroeuropea.

Francisco Otta imprime a su pintura un sello inconfundible y castizo. Decimos *castizo*, por cuanto en estas telas aflora ese espíritu nostálgico, de casta, de raza, que es la cifra y la norma de un arte viejo de siglos.

Los tonos oscuros y sombríos, el desgarramiento patético y tenebroso, sin concesión posible al optimismo, nos recuerdan a Pascin a Modigliani, a Chagall.

Es esta una pintura en la cual los problemas pictóricos ocupan menguado espacio. Lo interesante para Otta es llevar al cañamazo del cuadro unos modelos que tengan impreso en sus pupilas y reflejándose en ellas el drama interno y secular que las atenaza.

Otta es un artista que domina la técnica del oficio. Pero su obra, que podría ser de extremada alcurnia plástica, se pierde en la persecución de elementos extrapictóricos.

Francisco Otta está excesivamente influído por la literatura. Sus obras se nos aparecen inquietas, atormentadas, expresionistas. Expresionismo sin belleza el suyo con el que se pretende reflejar un alma más que reproducir el ritmo de los valores coloridos y el juego de los volúmenes. Otta trata de transfigurar la naturaleza insuflándole un espíritu.

Sin embargo, en su pintura el mundo plástico vive todavía con sus elementos propios y tangibles. Su desviación hacia lo caricaturesco y hacia lo falsamente simbólico da a esta pintura un carácter falso y a veces pueril.

Suele inclinarse Otta hacia una expresión en exceso decorativa. Posee una paleta poco extensa. Sus verdes son agrios. Su dibujo es riguroso. Su sintetismo es muy expresivo.

Un pintor objetivo

Félix Cabral es uno de los paisajistas chilenos de pupila más original. No se parece a nadie. Tampoco sigue dócilmente los derroteros de la pintura actual.

Félix Cabral es un pintor de segura visión realista. Ahora bien, para representar las cosas no acude al lenguaje fotográfico y pueril de los naturalistas.

Precisamente radica en ello la singularidad de su arte.

La superficie de las telas, pintadas ágilmente con la espátula, aparece recamada por la brillantez de las medias tintas. La riqueza de los ritmos cromáticos es extraordinaria. El verde, el azul, el siena (sus colores favoritos), se deshacen en una matización infinita. Gracias a este recurso surge una pintura dinámica y barroca.

Cabral es en efecto un naturalista barroco.

A veces se inclina hacia el romanticismo pintoresco en las telas de rancheríos y rincones de arrabal; pero esa concesión a lo subjetivo se produce siempre en forma mesurada y discreta.

Cabral no es dibujante. Ello no quiere decir que los volúmenes estén desdibujados. Al contrario. Félix Cabral tiene un instinto tan seguro de la arquitectura formal de las cosas, que le basta amontonar el color para que ante nuestros ojos aparezca un mundo lleno de vida, palpitante de verismo, traducido en imágenes de vigorosa objetividad.

El artista tiende sólo a darnos la pura realidad. Como el